

conozco á ese escuerzo! ¡Es un mágico; se come á los niños! ¿No habeis reparado en la señal que ha hecho? Es un maleficio. Tambien la hacia mi hermana: la tonta me dejó para formar parte de esa maldita secta. Siempre estaba haciendo así (remedando la señal de la cruz). ¡Es un cristiano! Acabad con él, pues quiere convertirnos en brutos.

—¡Cerberó le devore! dijo otro: bebe sangre; y cogiendo una piedra, se la arrojó cabalmente cuando se perdía de vista. Siguió á esta acción un grito general de odio y desprecio.—¿Dónde está la cabeza de asno? ¡Apagad las luces! ¡Apagad las luces! ¡Que se le ahorque! Por eso no ha bajado al valle con la gente honrada. Dicho esto, entonaron un canto blasfematorio, cuyo sentido nos guardaremos de concebir, y mucho más de espresar por medio de palabras.

CAPITULO II.

Los adoradores de Astarte prosiguieron su camino: Agelio hizo lo mismo

por su parte, y no tardó en llegar á su humilde y solitaria cabaña. Era el mayor de los dos hijos de un legionario romano, de la Segunda Itálica, que se habia establecido y casado en Sicca, donde murió despues de haber abrazado en sus últimos dias el cristianismo. La constancia de algunos confesores en Cartago durante la persecucion de Severo, habia sido la primera causa de su conversion. Encargado de custodiarlos, en union de otros soldados, los habia acompañado al lugar del suplicio para reforzar al poder civil, al que estaba cometida la ejecucion de la ley en el Proconsulado. De este modo, felizmente para él, no podia desempeñar el oficio de verdugo; oficio que, no obstante sus humanos sentimientos, no se habria atrevido á renunciar. Permaneció pagano, si bien le fué imposible librarse de la impresion que le habian causado los mártires; y despues de concluir el tiempo de su servicio se retiró bajo la proteccion de algunos buenos amigos á Sicca, donde ya habitaba su hermano. Allí se casó con una muger de la antigua raza Númida, y vivió del producto de un pequeño trozo de tierra que el go-

bierno imperial le habia concedido por sus dias. Si las pruebas eran necesarias para que la buena semilla sembrada en su corazon no pereciese, se las suministró abundantes la compañera de sus últimos años. Esta, en los dias de su juventud, hubiera causado el efecto de un rayo de sol, ó mas bien de la luz de una antorcha en una orgia militar; pero, cuando el pobre Estrabon, hombre honrado y que solo buscaba la tranquilidad, cayó en sus redes, se encontró con que habia entregado su libertad á una muger maligna y perversa, cuyas pasiones la hacian parecer mas propia para vivir en compañía de los espíritus infernales que en la de un soldado inválido. En efecto, la opinion pública acabó por creerla en relaciones con el mundo invisible, lo cual ella se guardó de negar; y ciertamente su odio á Dios y á los hombres iba creciendo de manera que corroboraba naturalmente la creencia de semejante comercio. Quanto mas hacia sentir á su marido el progreso de sus amables cualidades, mas buscaba éste en otra parte algun consuelo; y á medida que ella se sumia en el abismo del crimen ó que se aumentaba la repu-

tacion de sus maleficios, Estrabon se sentia atraido hacia la única religion, en que para conversar con el mundo invisible se pone el hombre en relacion con el cielo y no con el infierno. Si una prueba tan cruel suministraba ó no á Estrabon motivos mas humanos para dirigir sus ojos al cristianismo, nos es imposible decidirlo. Se puede considerar á la mayor parte de los hombres, y sobre todo á un soldado romano, obrando en virtud de motivos mixtos. Es, sin embargo, indudable que, abrazando la religion cristiana al fin de su vida, aprendió, por no decir descubrió, con gran satisfaccion suya, que la Iglesia no le obligaba á conservar ó á reanudar un lazo que le ligaba á tantas miserias, y que podia terminar sus dias en un reposo exigido por su vida pasada y para el cual era un estorbo la presencia de su muger. Murió como buen cristiano. La última vez que habia asistido á una *signaxis* de los fieles, se le permitió llevar el Santísimo Sacramento á su casa; de este modo habia comulgado durante los seis meses que precedieron á su muerte, y el sacerdote que le habia administrado la Extrema-Uncion al prin-

cipio de su última enfermedad, recibió también su confesión. Antes de morir pidió perdón á todos los que habia ofendido, y mandó repartir grandes limosnas á los pobres, hácia el año 236, en medio de la larga paz que disfrutaba la Iglesia, y que fué al cabo interrumpida por la persecucion de Decio.

Esta paz de unos cincuenta años habia producido necesariamente un efecto particular, aunque poco feliz, sobre los cristianos del Proconsulado. Se multiplicaron en las grandes ciudades y en los puertos de mar, y adquirieron posiciones importantes, ya en el comercio, ya en la administracion pública; habian estendido sus conexiones de familia, y se encontraban en buenas relaciones con los paganos. Sin duda el odio al nombre cristiano subsistia aún, pero los individuos que lo llevaban eran tratados con cierto miramiento y se les tenia por ciudadanos; presentándose solo algunas ocasiones, principalmente en la época de las grandes solemnidades paganas, en que debiesen temer las esplosiones accidentales del aborrecimiento latente del populacho, como se ha visto en el anterior capítulo. Los hombres sensa-

tos empezaban á comprenderlos mejor y á ser mas justos tocante á la índole razonable de su fé; pero, al paso que esto los inducia á despreciar menos el cristianismo, persuadialos también á temerle mas. No era ya solo materia de insulto para el populacho; en la nueva religion hallaba ya el gobierno motivos suficientes para reprimirla con intencion formal, pues la incredulidad siempre en aumento de las clases bajas inspiraba cada vez mas temores respecto de un culto que, como lo sentian los hombres de Estado paganos, podia manejar las armas del entusiasmo y del fanatismo con una fuerza y un éxito desconocidos hasta de los mas felices impostores entre los hierofantes orientales ó egipcios. Las escuelas filosóficas estaban igualmente alarmadas, y se habian ocupado durante cincuenta años en crear y formular una nueva base intelectual para el paganismo recibido.

Pero, mientras las señales de los tiempos anunciaban una lucha inminente entre los gefes de la religion del estado y los del nuevo culto, que iba ganando terreno, los cristianos, así seglares como eclesiásticos, se habian acercado

individualmente mas y mas á los otros miembros de la sociedad, ó al público, como diríamos hoy; y sin perder la fé ni ese fuego sagrado de la caridad que circunstancias críticas hubieran vuelto á encender al instante, vivian, fuerza es confesarlo, en un estado de considerable relajacion, y á menudo se dejaban arrastrar á los bordes del abismo y hasta cometian los mayores pecados.

Por una parte, muchas personas abrazaban el cristianismo, fundándose en motivos puramente humanos, visto que no atraian sobre sí grandes menoscabos temporales; por la otra, los hijos de las familias cristianas crecian con tan poca educacion moral y religiosa, que era difícil decir por qué se llamaban aun miembros de una religion divina. Además, los matrimonios mistos habian aumentado el escándalo y la confusion.

“Una larga paz, (dice San Cipriano hablando de este periodo), habia corrompido la disciplina recibida del cielo. Cada cual procuraba acrecer su peculio, y olvidando lo que habian hecho los fieles de la época de los apóstoles y la conducta que deberian observar en todos tiempos, se dedicaban con insacia-

ble avidez al aumento de sus riquezas. Los sacerdotes habian perdido el espíritu de fervor; la fé se habia enfriado en los ministros; la caridad habia desaparecido de las obras, y la disciplina no arreglaba ya las costumbres. Las mugeres se daban colorete, los hombres se teñian la barba, las cejas, los cabellos, como para corregir la obra del Criador. Se inventaba todo género de artificios para engañar los corazones sencillos y se tendian lazos en que cayesen los hermanos. Los hijos de Cristo se entregaban á los infeas, contrayendo matrimonio con ellos; no solo se oian juramentos temerarios, sino hasta falsos; se despreciaba á los superiores; atroces injurias salian de la boca de todos; tenaces odios dividian á las personas. Muchos obispos, en vez de exhortar á los demas y servirles de ejemplo, descuidando su santo ministerio, se encargaban de negocios temporales, dejaban sus sedes, abandonaban su rebaño, recorrian las provincias y las ferias para enriquecerse por medio del tráfico; y mientras tenian hermanos que perecian de hambre, solo pensaban en reunir dinero en abundancia, apoderarse

de tierras fraudulentamente, y multiplicar su ganancia con la usura.”

La relajacion que favorecia el desarrollo de la religion cristiana en las grandes ciudades, la hacia decrecer ó estinguirse en los campos y en los puntos distantes. Habia poco celo por conservar iglesias, cuyo sostenimiento exigia grandes esfuerzos ó una pérdida temporal. Cartago, Utica, Hipona, Milevis ó Curubis, eran residencias mas agradables que esas otras ciudades africanas, cuyos nombres bárbaros asustan al estudiante de teología en las actas de los concilios. Las vocaciones eran ya raras, las sedes permanecian vacantes, las congregaciones cesaban de existir. Esto era poco mas ó menos lo que sucedia á la iglesia y al obispado de Sicca. En la época á que se refiere nuestro relato, la historia no menciona ningun obispo que ejerciese las funciones pastorales en esta ciudad. Verdaderamente no lo habia. El último obispo, amable anciano, habia adquirido con el tiempo una grande estension de tierra labrantía, empleándose, á falta de otra ocupacion mas espiritual, en recolectar, amontonar, vender y enviar su

trigo al mercado de Roma. Su diácono habia sido célebre cuando jóven por su atrevimiento en la caza, y tomaba parte en la captura de los leones y de las panteras (acto de caridad hacia los labradores de las cercanías de Sicca) para el anfiteatro romano. Por no haber clérigos, el obispo tuvo que desempeñar hasta su muerte las funciones de *parochus*. Despues los niños y los catecúmenos dejaron de ser bautizados, los padres perdieron la fé, ó á lo menos la caridad: los pecadores ni se arrepentian ni se convertian. Hubo durante algun tiempo una escuela floreciente de Tertulianistas, que asustaron á muchos espíritus débiles pronunciando la condenacion eterna de todo católico; hubo tambien distintas clases de Gnósticos, que contaban en sus filas á los jóvenes mas hábiles y á los pensadores mas osados: el curso del tiempo habia ido gradualmente consumiendo la generacion que habia sobrevivido á los hermosos dias de la Iglesia de Africa; resultando de todo esto que, en el año de 250, era dificil decir de qué se componia la iglesia de Sicca. No habia ni obispo, ni clérigos, ni diácono. Solo que-

daba el anciano *mansionarius* ó sacristan, con dos ó tres mugeres piadosas, casadas ó solteras, que debian sus principios religiosos á excelentes madres, y unos cuantos esclavos que conservaban su fé sin saber por qué ni cómo. Muchos individuos que hubieran debido ser católicos, eran herejes, ó nada, ó todo, menos paganos, y estaban decididos á serlo desde el momento que se les exigiese. En medio de esta atmósfera respiraban Agelio y su hermano Juba, y ahora vamos á ver el derecho que asistia á uno y otro para llevar el nombre de cristianos.

Cuando su padre murió, contaban respectivamente ocho y siete años, y ambos fueron confiados á la tutela de su tío, cuya residencia en Sicca habia sido una de las causas que determinaron á Estrabon á establecerse en esta ciudad. Aquel hombre, poseedor de algun capital, comerciaba en ídolos grandes y pequeños, en amuletos y otros artículos al uso de la supersticion reinante. Su padre habia ido á Cartago al servicio de uno de los asesores del procónsul; y él, encontrando demasiada competencia para crearse una posicion en

la metrópoli, habia abierto su tienda de estátus en Sicca. La industria moderna, que hace que una ciudad inglesa sea hoy capaz de abastecer todos los mercados del Oriente pagano con mercancías de esta clase, era desconocida entonces, y Jucundo dependia, para el sostenimiento de su comercio, de algunos artistas que habia traído del extranjero, sobre todo, de dos griegos, hermano y hermana, procedentes de una isla de la costa de Asia. Era un hombre de buena índole; indulgente respecto de sí mismo, positivo, y en extremo adicto al paganismo reinante, ya le considerase como ley del país, ó como principio vital del Estado. Aunque en realidad benévolo con sus sobrinos huérfanos, no aborrecia menos por eso, creyéndolo un deber, la estúpida jerigonza é imprudente cuento de brujas, á que en su infalible juicio, el pobre viejo Estrabon habia entregado á sus hijos. Sin duda hubiera querido restituirlos á su patria y á los dioses de sus antepasados, si ellos hubiesen accedido á sus deseos; pero los dos bribonzuelos, cada uno por su estilo, y al decirlo Jucundo, sacudia la cabeza, eran difíciles de conducir.

Agelio estaba convencido de la verdad de su creencia: Juba, sin decidirse por nada, profesaba igual aversion á todas las opiniones, hasta al paganismo, cuando se le queria imponer por otro. Habia permanecido en el estado de catecúmeno, á pesar del cambio de edad, meramente por no variar de posicion; y si bien nada le hubiera hecho progresar en el cristianismo, ningun poder humano habria sido capaz tampoco de inducirle á retroceder. Encontrábase, pues, á modo de un mulo atado á la puerta de una iglesia, y muy satisfecho de la independencía de su entendimiento. Sin embargo, cualquiera que fuese su creencia, es lo cierto que andando el tiempo fué pareciéndose visiblemente á su madre, con la cual renovó sus relaciones despues de la muerte de su padre, y llegó por último á confesar que no creía en nada, á no ser en el diablo, dado que en este creyese. Con todo, seria aventurado afirmar que este jóven, que tanto prometia, se hallase en su cabal juicio.

Agelio, por otra parte, cuando solo tenia seis años, habia insistido en recibir el bautismo, causando inquietud á su padre con la manifestacion de un

celo á que el anciano no estaba acostumbrado, y consiguiendo, por su importunidad en aprender el catecismo, que el buen obispo dejase perder la ocasion de la flota que debia llevar su trigo á Italia. Despues de su bautizo, habia recibido tambien la confirmacion y la comunión; pero la naturaleza de un niño es variable, y en el tiempo transcurrido antes de llegar Agelio á la adolescencia, las buenas impresiones de la infancia se habian desvanecido en cierto modo, si bien conservando todo el ardor primero de su fé. Pero no tenia á nadie que le escitase á cumplir con su deber; exhortaciones, ejemplos, simpatía, todo le faltaba. Lo único que los amigos de su padre hicieron por él fué proporcionarle, por un favor especial, el arrendamiento durante algunos años de la tierra cuyo usufructo habia obtenido Estrabon del gobierno imperial, en clase de veterano. Al cuidado de esta pequeña propiedad, habia añadido otro cargo mas importante. La larga prosperidad de la provincia, aumentando la opulencia, multiplicó el número de las personas acomodadas en Sicca. Los oficiales, los contratistas, todos los em-

pleados de gobierno habian adquirido caudal y hecho edificar quintas en los alrededores de la ciudad. Muchos naturales, de vuelta del servicio que habian desempeñado en Roma ó en las provincias, dedicaban sus ahorros á largos arrendamientos de tierras ó de heredades, pertenecientes á la *res privata* ó bolsillo secreto del emperador, encontrándose de este modo convertidos casi en propietarios de los fértiles campos ó de los hermosos jardines en que habian pasado su infancia. Una de estas personas tenia empleado á Agelio. Habia trabajado en otro tiempo en el *officium* del cuestor, ó mejor dicho, del procurador, nombre que empezaba á prevalecer. Su propiedad tocaba á la cabaña de Agelio; y habiéndole colocado al principio en consideracion al recuerdo de su padre, le confió despues el puesto de sub-intendente por su talento particular para las ocupaciones de la quinta.

Tal era la posicion de Agelio á la edad de veintidos años; y por honrosa que fuese en sí, y atendido el modo como la habia alcanzado, se comprende que no podia, existiendo las circunstancias que quedan mencionadas, des-

truir la languidez y frialdad religiosas que se habian apoderado de su espíritu. Realmente no sabia á qué altura se hallaba, limitándose á asegurar que se mantenía firme en su fé, como hemos dicho, y que desde su infancia habia sentido un saludable horror hácia el vicio y la inmoralidad que formaban la atmósfera de Sicca. Pudiera ser arrastrado un día á una fatal inconsecuencia que, ó le condujese al pecado, ó le obligase á retroceder precipitadamente y buscar una posicion mejor y mas segura. Generalmente, ó á lo menos de un modo positivo, no se le conocia por cristiano, aunque se le viese apartarse sin disfraz de la region establecida. No quiere esto decir que pusiese empeño en ocultar su creencia, sino que el mundo no ponía ninguno en averiguarla. En aquellos tiempos existian muchos cultos que se aislaban; una multitud de sectas tétricas ó misántropas, que alejaban á sus adeptos de las ceremonias públicas. A los ojos del pueblo, la religion católica pertenecía á este número, y solo en los momentos críticos, cuando la magistratura ordenaba algun acto de idolatria, se manifestaba la naturaleza

particular del cristianismo. Véase entonces que era en todo diferente de las demás opiniones religiosas por la insensata y repugnante tenacidad, que así se llamaba, con que prefería sufrir los tormentos y aun la muerte, á someterse á alguna observancia agradable, tierna, ó á lo menos insignificante, que la tradición de los siglos había sancionado.

CAPITULO III.

La cabaña adonde se dirigia Agelio cuando le hemos visto últimamente, era una casita de ladrillo, sin mas que una sala con un granero encima, y al lado una cocina, algo semejante á la santa habitacion que contuvo un día el Verbo eterno hecho hombre, á la Virgen su Madre, y á San José, su custodio. Hallábase situada en la pendiente de la colina, y al contrario de lo que se usaba en Italia, el primer patio estaba adornado con una alfombra de yerba. A un lado una palmera magnífica, no obstante su distancia del agua, y al otro un grupo de naranjos, como que anuncia-

ban la fértil campiña que hemos descrito en nuestro primer capítulo. En los cuadros y lechos deleitaban la vista la azucena, el bacáris de color de ámbar y de púrpura, el dorado *abrotomus*, la encarnada celidonia y el iris de varios colores. Contra la pared de la casita había granados de flores carmesí, el *pothos* ó jazmin estrellado y la simbólica pasionaria, que convenia perfectamente á la habitacion de un cristiano.

Esto era un indicio de lo que contenia el interior: en la pared de la sala estaba pintada groseramente una cruz encarnada, con palomas alrededor, como se ven todavía en los monumentos primitivos del cristianismo. La paz que disfrutaba la Iglesia hacia tanto tiempo, parecia haber borrado el recuerdo de la persecucion; y los cristianos, aunque muy prudentes en público, ejercian en sus casas todas las prácticas de su fé tan libremente como sucede hoy en la Inglaterra, donde ningun escrúpulo impide erigir crucifijos dentro de las iglesias y de las casas, si bien nadie se atreve á ejecutar otro tanto á la vista de los carriles de carruajes y de ómnibus que pasan por delante de ellas con